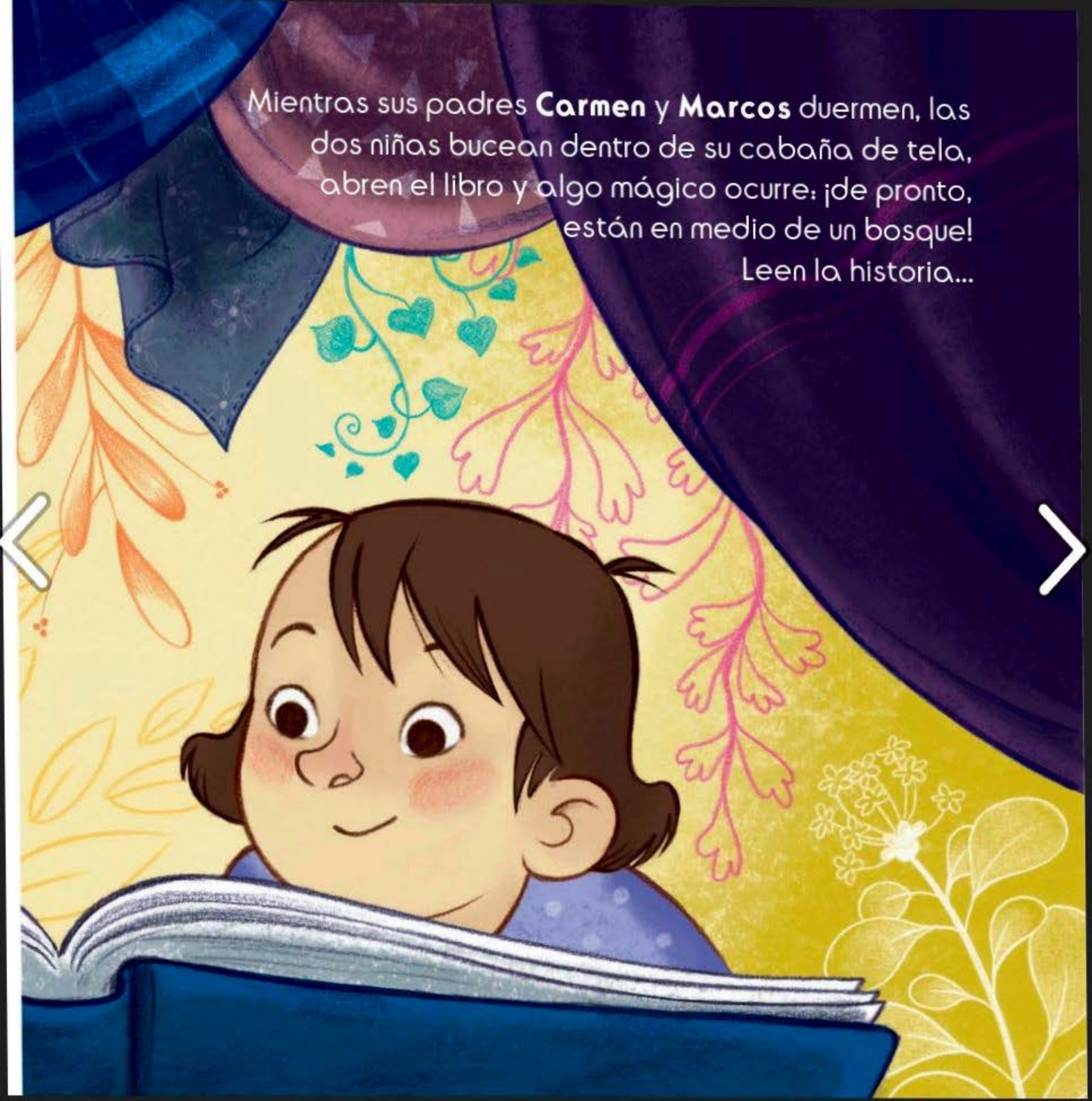
El patito feo

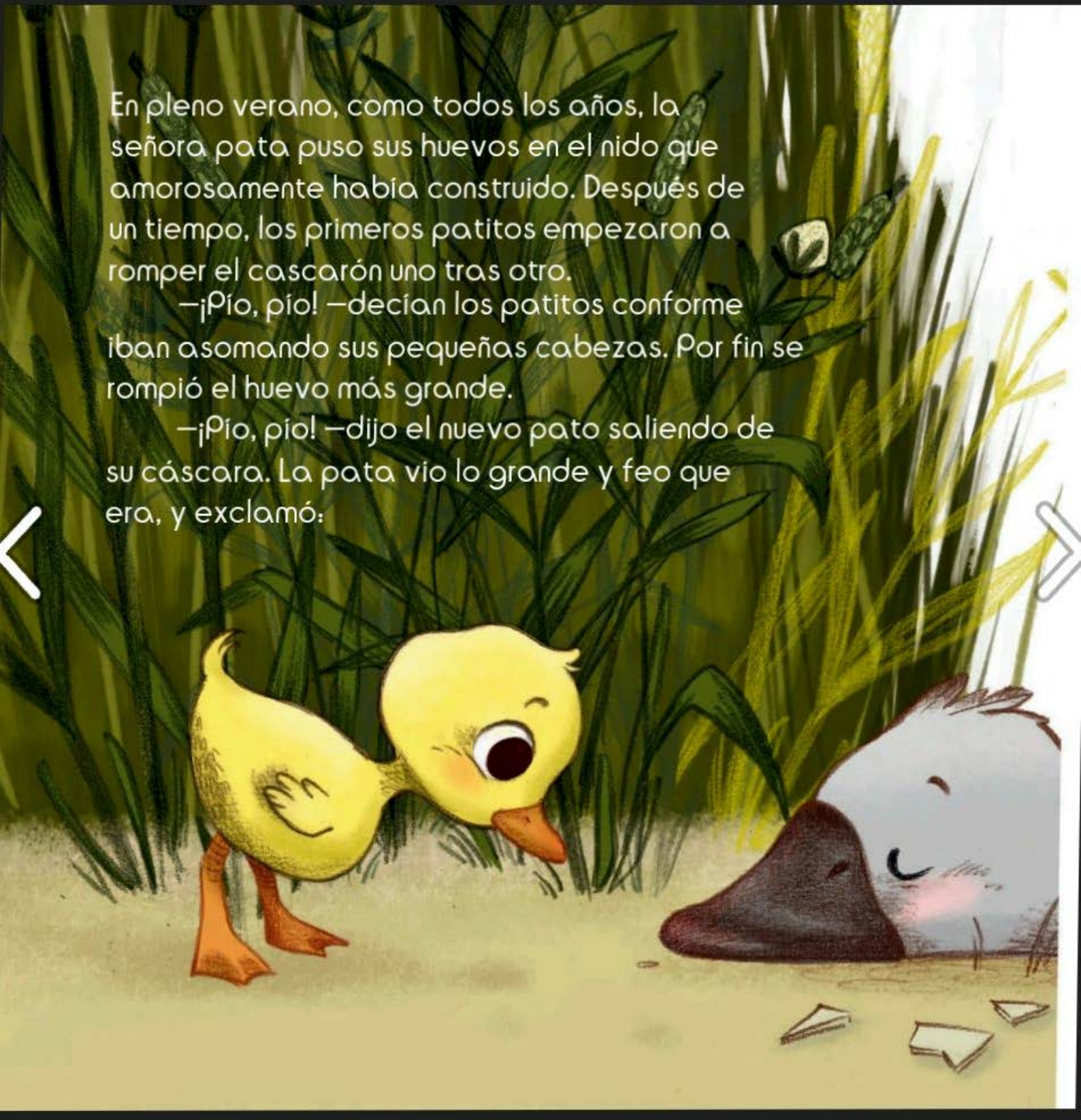
Hans Christian Andersen
Marina Martín



cuento


Ya es de noche y **Jaina** está esperando el momento del cuento. Junto a su amiga **Alba** ha creado un escondite de sábanas donde van a meterse para leer su nuevo cuento. Se llama «El patito feo.»


Mientras sus padres **Carmen** y **Marcos** duermen, las dos niñas bucean dentro de su cabaña de tela, abren el libro y algo mágico ocurre: ¡de pronto, están en medio de un bosque! Leen la historia...



En pleno verano, como todos los años, la señora pata puso sus huevos en el nido que amorosamente había construido. Después de un tiempo, los primeros patitos empezaron a romper el cascarón uno tras otro.

—¡Pío, pío! —decían los patitos conforme iban asomando sus pequeñas cabezas. Por fin se rompió el huevo más grande.

—¡Pío, pío! —dijo el nuevo pato saliendo de su cáscara. La pata vio lo grande y feo que era, y exclamó:


¡Pero qué patito
tan enorme!



Al día siguiente, hizo un tiempo maravilloso. El sol resplandecía entre las verdes y gigantescas hojas. La mamá pata se acercó a la charca con toda su familia y...

¡paf! Saltó al agua.





Uno tras otro, los patitos se fueron abalanzando tras ella, también el patito feo. «¡Cua, cua!», decían mientras chapoteaban por primera vez en el agua.

—Vamos, venid conmigo y os enseñaré el mundo, empezando por las aves del corral.



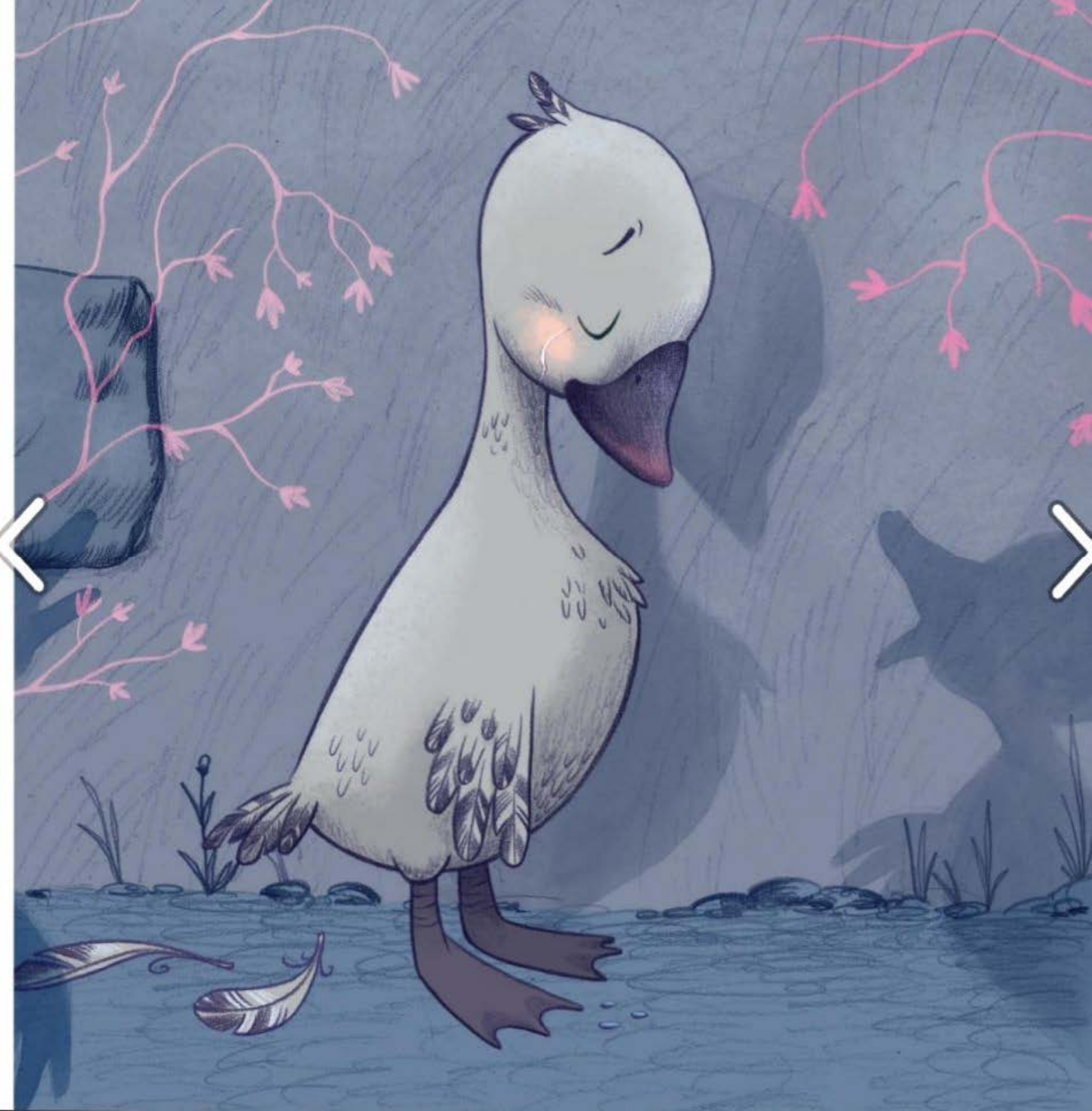
Cuando llegaron al corral, los otros patos miraron con desprecio a los nuevos y exclamaron, refiriéndose al pato de mayor estatura:

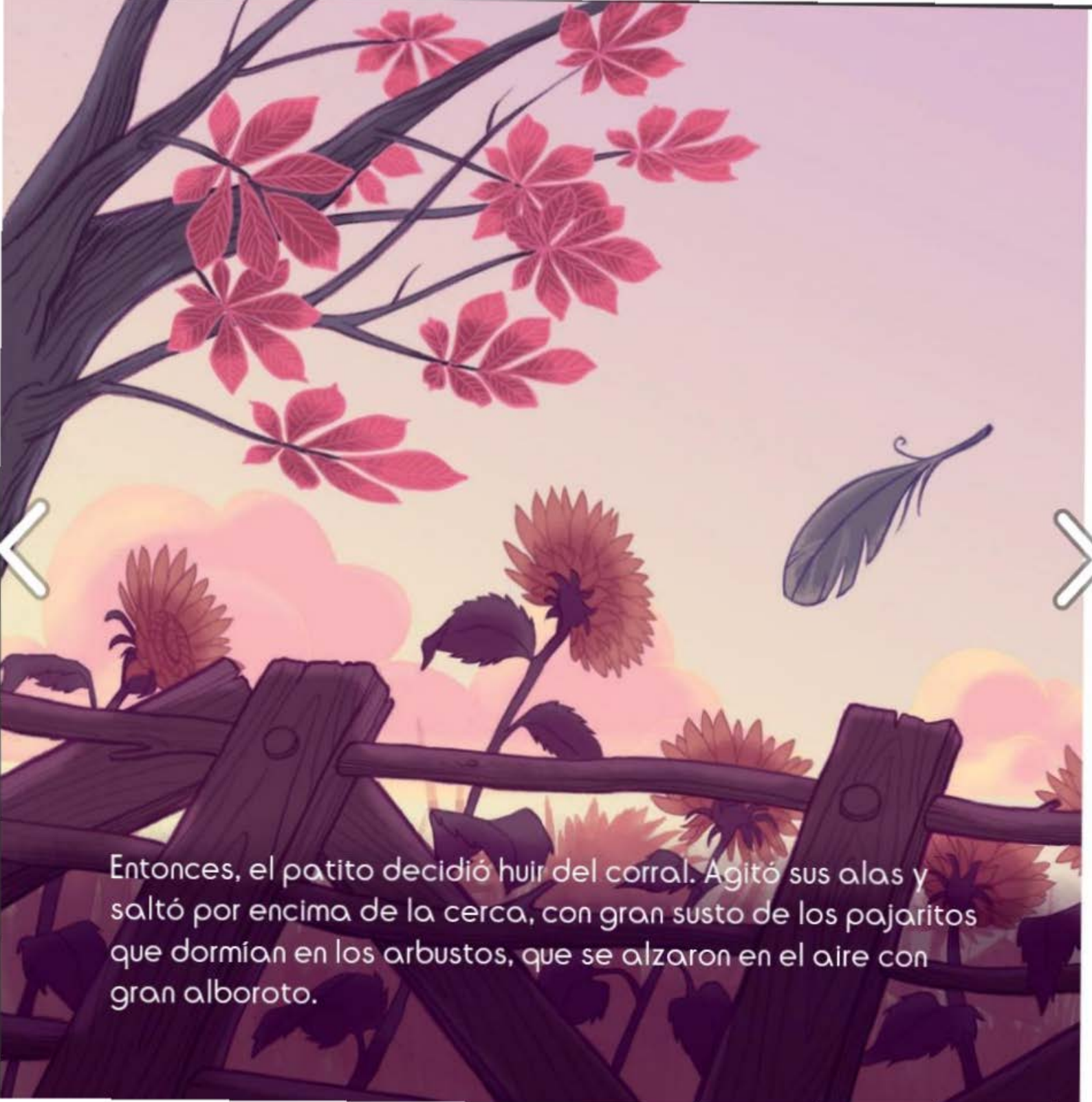
—¡Vaya, qué patito tan feo!

El pavo infló sus plumas como un barco a toda vela y le lanzó un graznido tan estrepitoso que toda la cara se le puso roja. El pobre patito no sabía dónde meterse. Así pasó el primer día.

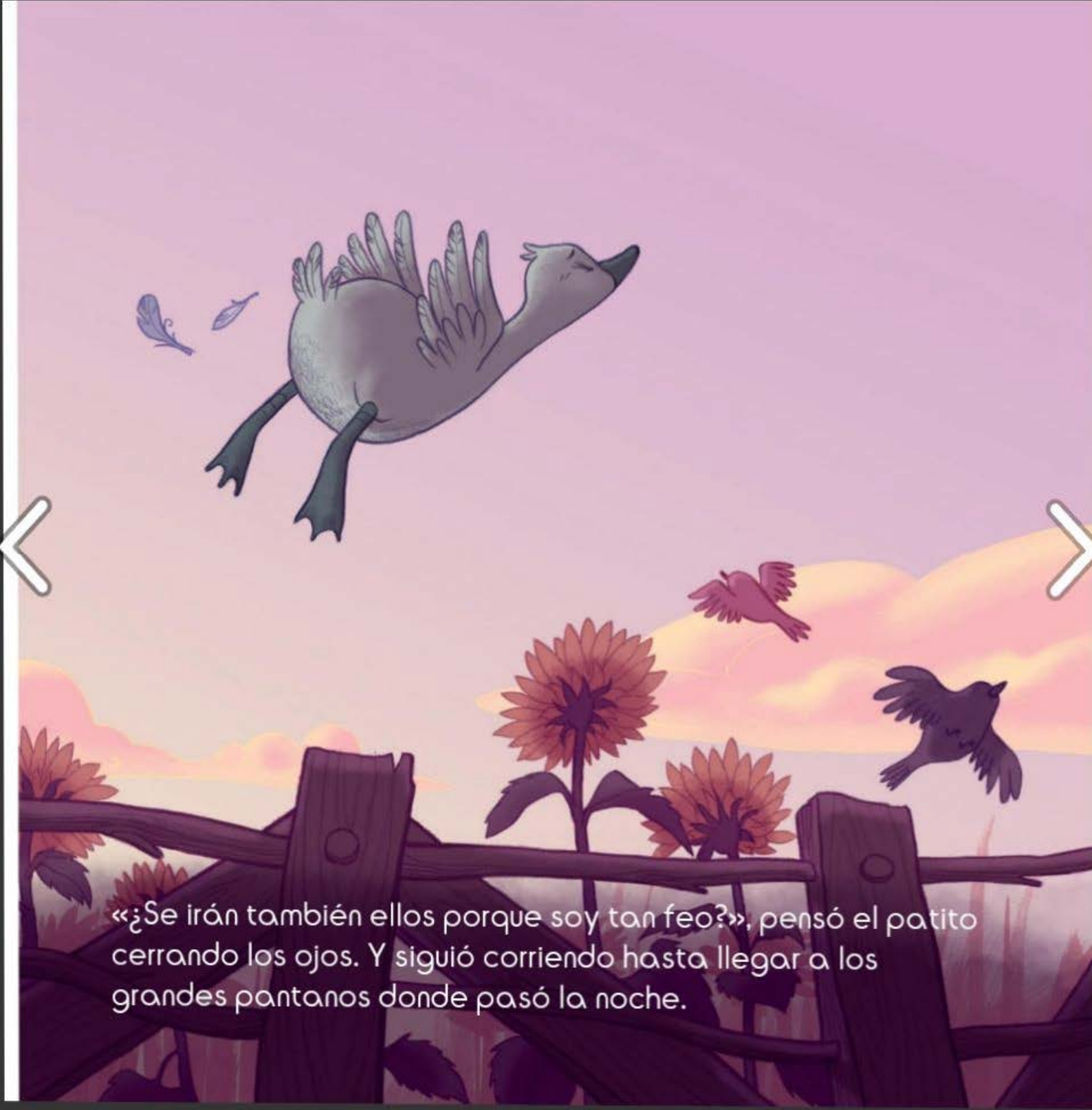



Los días siguientes, las cosas fueron de mal en peor. El patito diferente se vio acosado por todos. Incluso sus hermanos y hermanas lo maltrataban de vez en cuando y le decían:
—¡Ojalá te agarre el gato, feo grandullón!





Entonces, el patito decidió huir del corral. Agitó sus alas y saltó por encima de la cerca, con gran susto de los pajaritos que dormían en los arbustos, que se alzaron en el aire con gran alboroto.



«¿Se irán también ellos porque soy tan feo?», pensó el patito cerrando los ojos. Y siguió corriendo hasta llegar a los grandes pantanos donde pasó la noche.



Pronto llegó el otoño. Las hojas del bosque se tornaron amarillas y, al caer, el viento las hacía girar en remolinos. Cierta tarde, mientras el sol se ponía, salió volando una bandada de hermosas aves. El patito no había visto nunca unos animales tan espléndidos. Eran unos cisnes de una blancura resplandeciente. Extendieron sus magníficas alas y se elevaron muy alto hasta perderse en el cielo.

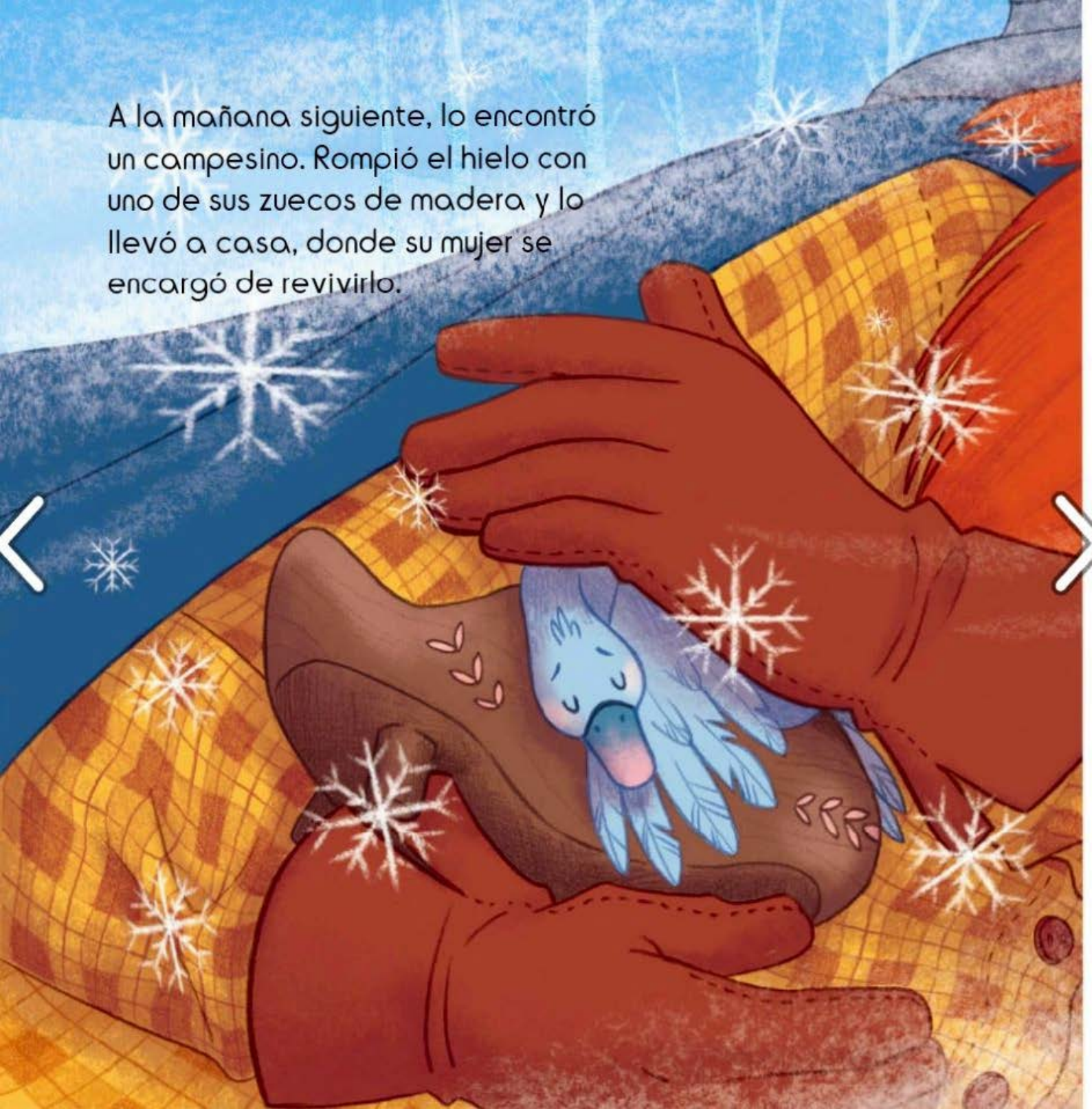

El patito feo no
podía dejar de
mirar la estela que
habían dejado.

¡Qué frío se presentaba aquel invierno!



El patito se veía forzado a nadar incesantemente para impedir que el agua se congelase a su alrededor. Al final, debilitado por el esfuerzo, se quedó muy quieto y comenzó a congelarse.




A la mañana siguiente, lo encontró un campesino. Rompió el hielo con uno de sus zuecos de madera y lo llevó a casa, donde su mujer se encargó de revivirlo.



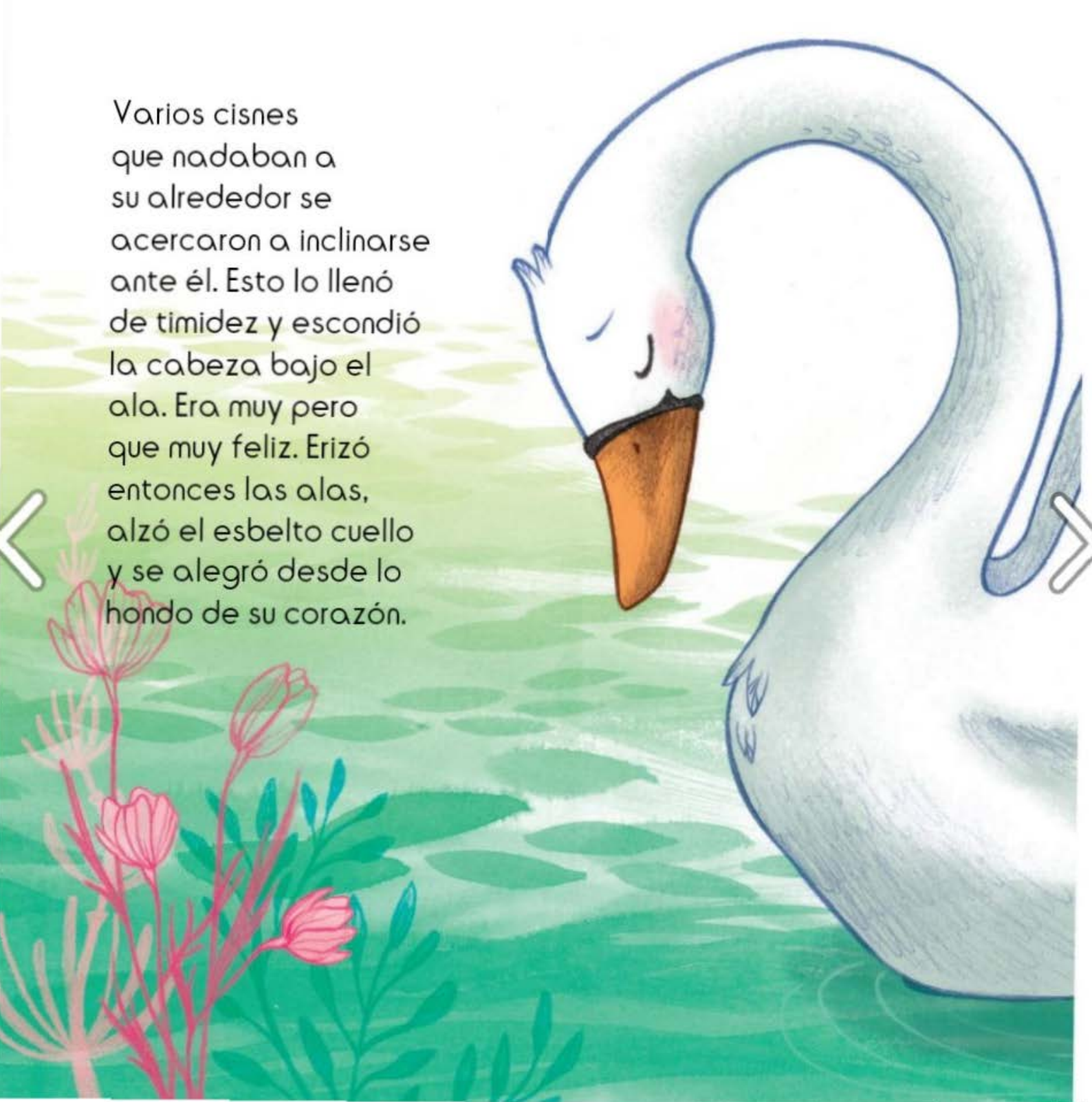
Los niños querían jugar con él, pero el patito feo temía sus travesuras y, por el miedo, fue a meterse revoloteando en el tarro de la leche, que se derramó por todo el suelo. Fue tan grande el desorden que se creó que el patito feo tuvo que salir huyendo de allí.



Había buscado refugio entre los juncos cuando las alondras comenzaron a cantar y el sol a calentar de nuevo: llegabala primavera. Entonces, probó sus alas. El zumbido al batirlas fue mucho más fuerte que otras veces, y lo arrastraron rápidamente a lo alto.
Se metió en un arroyo y, al mirar el parpadeo de la luz en el agua, ¿qué era lo que se balanceaba majestuoso en las límpidas aguas?: un reflejo de sí mismo, pero no ya el de un pájaro torpe, gris y feo, no, sino el reflejo de un hermoso cisne.


¡Él era un cisne,
y nunca lo había sabido!

Varios cisnes
que nadaban a
su alrededor se
acercaron a inclinarse
ante él. Esto lo llenó
de timidez y escondió
la cabeza bajo el
ala. Era muy pero
que muy feliz. Erizó
entonces las alas,
alzó el esbelto cuello
y se alegró desde lo
hondo de su corazón.




—Nunca soñé que yo fuera a alcanzar tanta felicidad cuando era un patito rechazado por todo el mundo.



Se sintió lleno de amor por todos, y su alegría fue completa cuando reconoció entre las aves a sus hermanos cisnes, que parpaban a su lado acariciándole con sus plumas y juntándolas con las de su hermano al fin encontrado.



Esta noche, **Jaina** y su amiga se van a la cama sonriendo contentas por haber conocido la historia de «El patito feo». ¿Quieres ver a **Jaina** y **Alba** sonreír? Entonces, cuéntales un cuento.